

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL CABALLERO MISTERIOSO

Y EL CAPITAN
O LA BATALLA

CONQUISTADOR
DE
CENTLA



MAUCCI H^{OS} MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL CABALLERO MISTERIOSO
y el Capitán Conquistador
ó
LA BATALLA DE CENTLA

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucel Hermanos.—Primera del Relox, 1
1900



El Caballero Misterioso y el Capitán Conquistador



Hernán Cortés en las costas de México llegó con sus once carabelas, con sus once naves antiguas, llevando de la Habana, sus quinientos aventureros ansio-

sos de oro, buscando felicidades y riquezas.



Allá en Tabasco, los dominados pueblos supieron la llegada de los barcos de Cortés á sus playas... y bien pronto vieron que sus tropas ocupaban el territorio patrio...

¿Qué hacer?...

La situación de aquellos infelices y humildes habitantes fué terriblemente sombría...

No sabían á qué atenerse.

Fácil es comprender su consternación teniendo en cuenta las atrocidades de su dominador Moctezuma por una parte,

y por otra el inaudito poder de los que indudablemente eran hijos del poderosísimo «Tonatiuh» del Gran Sol.

Hacía tiempo que por aquel mismo paraje había estado Grijalva, el primer capitán expedicionario que llegó á la península de Yucatán, enviado de Cuba por el gobernador don Diego Velazquez. Entonces, teniendo los sobrenaturales prodigios de aquellos hijos de los dioses, los «mayas» de aquellas llanuras y feraces riberas, recibieron con miles de agasajos á los aventureros españoles... Después las órdenes de Moctecuhzoma hicieron que se dieran regalos magníficos á sus capitanes...

Cortés creyendo que lo recibirían también con la misma esplendidez, desembarca con su gente armada, su artillería, entonces formidable y sus caballos que

aparecían á los indios como tremebundos monstruos...

¡Esperaba el capitán Hernán Cortés ser recibido como un rey ó un dios!...

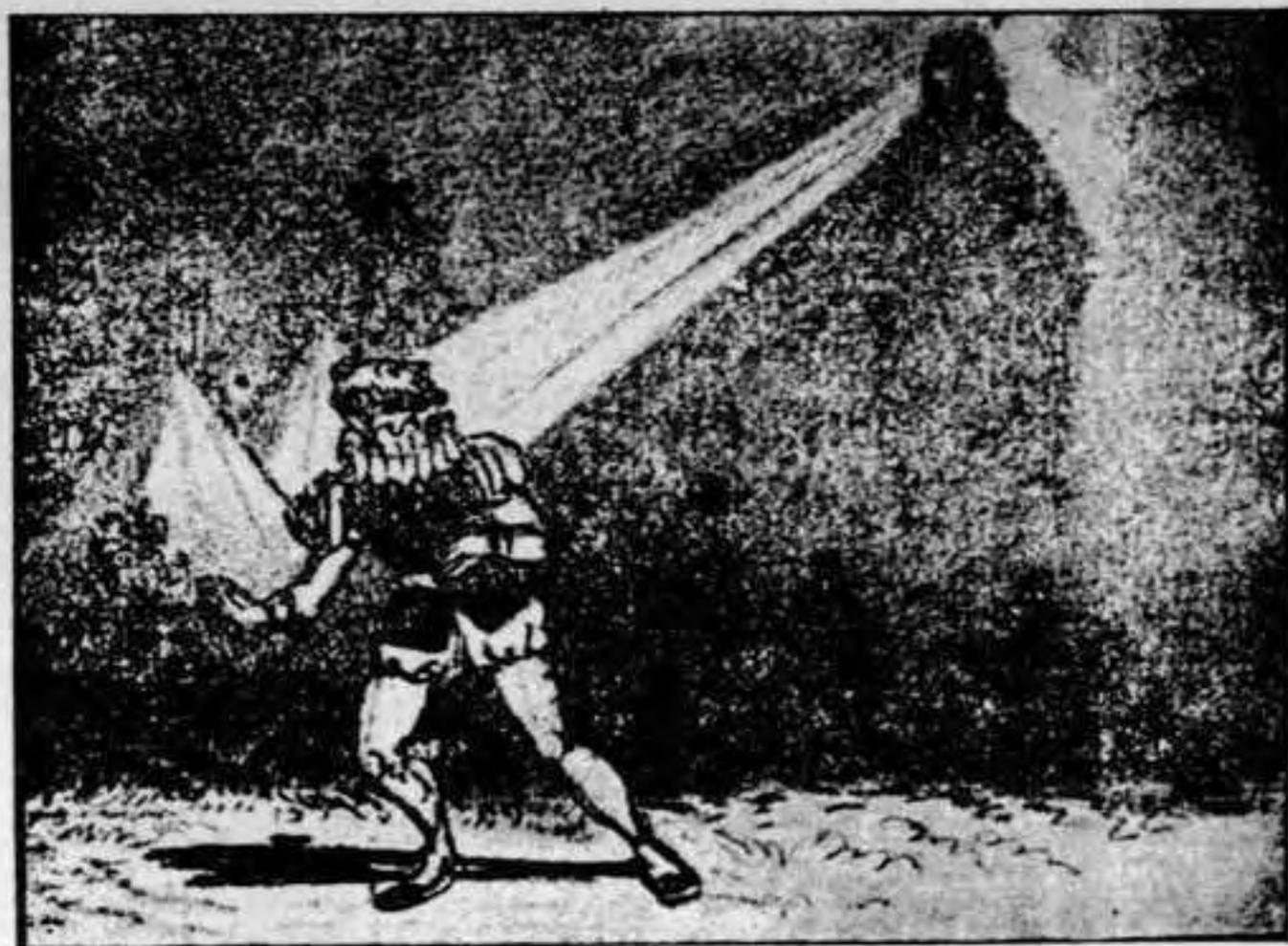
¡Iba á principiar en tierra de Anahuac el juego de su fortuna!

.



Durante la noche, cuando aún sin haber tenido combate alguno en el día, paseaba por su campamento, que en aquella época llamaban los españoles, «el Real,» tuvo en un instante de ensueño y de abandono de su espíritu una visión rara y hermosa y terrible á un tiempo mismo...

Vió en las tinieblas del campamento una especie de túnica de fuego, roja y con llamas terribles, como si fueran de sangre.



No pudo distinguir el rostro de aquel fantasma, porque indudablemente que

era un fantasma... mas si le llegó la irradiación de sus grandes y soberbias pupilas... ¡Eran dos fanales hermosísimos, espléndidos y fulgurantes!...

* * *

¿Quién era aquella visión?... ¿En nombre de quién se presentaba?... ¿Qué palabras terribles pronunció delante de Hernán Cortés?...

No lo dicen las viejas leyendas que refieren la aparición siniestra... Mas ¿aquella figura rojiza á trechos, exhalando aureolas color de esmeralda, no sería acaso el remordimiento mismo de Cortés, tomando forma tangible y luminosa, sur

giendo en un sueño de su mismo cerebro por obra divina para mostrarle los peligros y desmanes, crueldades y ambiciones de la arriesgada conquista que premeditaba?...

.
¡Quién sabe... quién sabe!... Pero al día siguiente el capitán español apareció mostrando huellas de fatiga, con los ojos enrojecidos y murmurando sus oraciones de costumbre en los peligros al apóstol del Señor, San Pedro, que era su adorado patrón.

Se encontraban en Centla los conquistadores y una terrible batalla se preparaba contra los habitantes de Tabasco...

¡Y así fué! Nunca hasta entonces los españoles habían tenido un encuentro más terrible. ¡Jamás los hijos de lo que



era el Nuevo Mundo se habían mostrado mas intrépidos y con todo el valor de sus hazañas, cuando se batían unos contra otros!

¡Gran batalla fué aquella!... Cortés, cubierto por su fuerte y vistosa armadu-

ra, haciendo ondear al viento las hermosas plumas de su casco brillante de fino y duro acero, montado en brioso corcel que caracoleaba, arrojando blanca espuma, arengaba á sus hombres de guerra que le seguían esgrimiendo lanzas, ballestas, picas, espadas y arcabuces; por otro lado los artilleros hacían desbozalar las bocas de bronce de sus cañones y falconetes que vomitaban rayos sobre los desnudos enemigos.

¡Y cuánto espanto se produjo en las filas de indios tabasqueños al ver los caballos y sobre ellos los caballeros vestidos de hierros inheribles, magníficos y soberbios lanzando en el estruendo de la pelea sus gritos tremendos de:

—¡Santiago, Santiago y cierra España!

Pues ya sabéis, amigos míos, que los

heroicos españoles, cuyo valor no es posible negarles, se entraban á lo mas recio de la batalla sobre las filas enemigas, por valientes y denodadas que fuesen lanzando sus grandes alaridos de ataque:

—¡Santiago y cierra España!

.
Con tanto denuedo resistieron los indios de Tabasco á la acometida de los españoles, tanto tiempo duraba ya el combate que Cortés se desesperaba, mas he aquí que de repente surge del fondo del horizonte un magnífico caballero, con armadura de oro, plumones de cisne, púrpuras soberbias, montando un corcel admirable, «ruciopicado.» ¿Quién era aquel prodigioso ginete, que al esgrimir su lanza derribaba docenas de enemigos?

Nada ni nadie le resistía... Era un hu-

racán de destrucción. ¡El sólo, únicamente él, ganó la batalla!

Mas cuando Cortés quiso llamarlo y recompensarle, cuando preguntó quien podía ser tan valiente, rico, bello y nunca vencible guerrero y de que misterioso rumbo había llegado, nadie le pudo contestar.

Al fin él, exclamó:

—¡Ah, ya sé quién es!... ¡Es mi gran patrón, el apóstol San Pedro!... ¡Bendito sea!...

Entonces un joven humilde, un valiente y abnegado español que escuchó aquello, gritó á Hernán Cortés:

—No, ilustre señor, yo ví de cerca al misterioso caballero que nos salvó á todos en la batalla espantosa... ¿Sabéis quién era? ¡Era el apóstol Santiago, al que invocábamos todos en nombre de



nuestra querida España!... El fué quien vino á salvarnos y á salvar nuestro honor y nuestras vidas... Mas aun, capitán, yo le ví desaparecer cuando huían y oí que dijo:

—Decid á Hernán Cortés que la única

guía que tenga para la conquista del Imperio de Moctezuma sea el símbolo de nuestra Santa Cruz, que si solamente por el cristianismo combate ayudado por el honor castellano, vencerá pronto y será grande é inmortal su nombre... Y que mañana mismo recibirá el regalo mejor que puedo hacerle para gloria suya...



Cortés quedó meditabundo al escuchar tan extrañas palabras. ¿Cuál sería aquel regalo que le había de ayudar en la conquista? Bien pronto lo supo. ¡Fué la esclava bellísima, la noble Malitzin, la Malinche, sin la cual nunca se hubiera eje-

cutado la conquista del Imperio mexicano.

¿Quién era Malitzin? Pronto lo sabréis, lectores amigos.

Véase

HISTORIA DE LA BELLA MALITZIN

